

---

## CAPITULO XXI.

---

**D**urante mi convalecencia, me ocupé en pasear mis ojos observadores por la casa en que me hallaba, y por todos mis compañeros de infortunio : allá estan reunidas las madres que nunca conocieron el nombre de esposas; niños abandonados; hombres encorvados por el peso de los años y del trabajo; enfermos hacinados sin distincion de edad ni de sexo, en grandes piezas, accesibles de todas partes á la intemperie de las estaciones, y á mas de esto tan mal cuidados,

(55)

que les falta hasta lo mas necesario: los médicos, los cirujanos, los practicantes, y hasta los ministros de Dios, encargados de consolar á los moribundos, todos parece estan de acuerdo para desemeñar su deber con indiferencia y con desprecio. ¡Ah! no me nombren ya la multitud de hospitales y de hospicios, ni esas rentas y cuantiosas limosnas que los enriquecen: yo no he visto mas que desgraciados luchando contra la necesidad, espirando en el mas cruel abandono: no he visto en los hombres encargados de estos establecimientos, directores y empleados de ellos, mas que egoismo y abandono en unos, dureza de corazon en otros, y en todos



una inmoralidad profunda; ¡pero desgraciados de aquellos que pueden reformar estos horrorosos abusos y se desdennan de ocuparse en ello!!!....

MI CONVALECENCIA NO ME RESTITUA ningunas fuerzas, antes bien me sentia mas débil de día en día; pero lejos de affigirme, doblaba mis votos por ver llegar el momento de mi disolucion: no me quedaba otra pena que la de no volver á ver á mi Elisa y no poderla llamar mas mi muger. «¡Ah! decia yo, llenando su retrato de besos y lágrimas, ¡que no pudiera yo estrecharte contra mi seno!!! ¡Que no pudieramos, confundiendo nuestras almas, espirar juntos y resucitar para siempre reunidos

en un mundo mas feliz!!!»

Una noche, mientras estaba todo tranquilo al rededor de mí, y que yo me hallaba entregado á las mas melancólicas reflexiones, fui conmovido repentinamente por los profundos suspiros de una muger que se hallaba en una cama inmediata á la mia: me habian hablado como de una desgraciada digna de compasion, á quien una enfermedad vergonzosa conducia al sepulcro; pero yo no la habia visto: sus gemidos me enternecieron de compasion.

«Desgraciada muger, dije yo en voz baja, ¡hé aquí, pues, el término de una vida pasada en los placeres! pero acaso te habrán vendido; quizá otro lord



D.... haya consumado tu ruina!!!

«¡Poderoso Dios! grité entonces, sin hacer atención de que podía ser oído, si es cierto que las acciones de los hombres no pueden escaparse á tu vista, no permitas que el crimen triunfe: libra, sí, libra, yo te lo suplico, de una suerte tan horrorosa á la desgraciada Elisa!!!....»

— ¿Quién nombra á Elisa? dice la enferma con una voz casi espirante.»

El eco de esta voz fue para mí como un rayo: me lancé haciendo un esfuerzo para correr á la desgraciada.... pero mis fuerzas me abandonaron y volví á caer sobre mi cama casi sin conocimiento.

«¡Oh, Teodoro! repone ella (porque ya me habia conocido), ¡oh, Teodoro! ¿eres tú? ¡Ah! no me mires.... ¡yo soi una desgraciada, degradada, perdida para siempre!»

Los fuertes sollozos en que prorumpió, sofocaron su voz: yo habia perdido el uso de la mia, y no hai espresion que pueda esplicar lo que yo experimentaba en este momento.

«¡Ah, qué miserable soi! continuó. Yo habia suplicado al cielo me dejase morir lejos de ti, y me niega hasta este triste favor. ¡Ah, Teodoro! ten piedad de esta Elisa que tanto has amado: ten piedad de mis sufrimientos: perdona el sentimiento de debilidad que



me ha impedido abreviar mis dias despues de mi humillacion; pero conozco que no me restan ya sino mui pocas horas que vivir: voi á dejar un mundo donde no he conocido mas que el infortunio y la infamia.

— No, no, exclamé yo en fin, no, no morirás, tú vivirás: ¿no me eres siempre querida? ¿No eres aun mi muger, mi Elisa, el único objeto de mis angustias y de mis amores?

— Cesa, cesa, te suplico, de hablarme así: esas espresiones de ternura despedazan mi corazon: ya no soi ni debo ser á tus ojos mas que una criatura infame, un objeto de disgusto y de desprecio.

— Tú me desesperas, repuse yo con vehemencia: yo te amo, Elisa, y te amaré hasta el último momento de mi vida. ¿No soi yo la causa de todo lo que tú has sufrido? Sin mí, sin mi fatal amor, tú hubieras vivido feliz en una dulce y pacífica oscuridad: yo mismo te he hecho el blanco de tan infernales persecuciones de que eres víctima: en fin, adorada Elisa mia, si es preciso que tú mueras, moriremos juntos; pues me es imposible sobrevivirte.

— ¿Tú ignoras, me dice ella entonces, lo desgraciada que yo soi? ¡Ah! si mi padre hubiese previsto el miserable destino de su hija, su mismo cariño, la compasion sola le hubiera impedido dejarme vivir:



pero la vida ¿no fuera un continuo suplicio si el porvenir nos fuese conocido? Teodoro, ¿cómo es que te hallas aquí? ¿por qué has manchado tus manos en la sangre de un monstruo?....

— ¡Ah! exclamé yo interrumpiéndola, mil vidas y no solo una quisiera yo haber quitado á ese miserable: se las hubiera arrancado todas por satisfacer mi venganza. ¿No ha destruido nuestra felicidad? ¿no ha emponzoñado nuestra existencia? ¿no es en fin el asesino de mi hijo?.... Pero yo me enageno, cuando debiera esforzarme á calmar mi agitación.... Quisiera, si fuese posible, borrar de mi memoria los sangrientos ultrajes que he recibido, para no pen-

sar mas que en la felicidad de verte á ver junto á mí, hablarte, y leer en tus ojos que soi siempre amado.... temo conmoverte demasiado. ¡Vive para mí, Elisa mia!!! huiremos lejos de estos lugares: en otra parte hallaremos una tierra hospitalaria donde nos será permitido vivir aun para ser felices.

— ¡Ah, Teodoro mio! eso es demasiado: me faltan fuerzas para resistir la fuerte emocion que causas á mi corazon. ¡Ah! el frio de la muerte ha helado mi sangre; nada, nada en este mundo puede ya salvarme.»

La impresion que me hicieron estas palabras terribles, fue como un peso enorme que me cayó sobre el corazon: perdí el



conocimiento, y cuando volví en mí era de día. La escena de la noche me pareció un sueño, y dudé de su realidad. Sin embargo, llamé en voz baja á Elisa, y presté mi oído esperando una respuesta. Estaba aletargada: su respiración se hallaba oprimida y casi interceptada, y era la única señal de vida que daba: me acerqué, y vi que tenía cubierto el rostro con una punta de la sábana: la retiré suavemente para contemplar aquellas facciones que tenía grabadas en mi corazón desde la primera vez que la vi; pero ¡qué horror el mio al aspecto de una mudanza tan extraordinaria como la que observé en aquella cara en otro tiempo tan hermosa! Sus mejillas estaban hun-

didias y descarnadas, pálidos los labios, los ojos casi enterrados y sin movimiento, el aire cadavérico y de una persona estenuada por una larga y cruel enfermedad.

Tal era el estado de aniquilamiento á que se hallaba reducida, que contemplé este horrible espectáculo con una aparente insensibilidad. Había renunciado á la esperanza de verla volver á la vida, y no me quedaba ya mas que el deseo de morir con ella.

No tardó en volver en sí esta desgraciada, dirigiéndome una lánguida mirada.... ¡Pero qué mirada, gran Dios! No era ya aquel golpe de vista animado, lleno de una expresión celeste que embriagaba mis sentidos.... Si tenían aun una es-



presion aquellos ojos en otro tiempo tan hermosos.... era la del sufrimiento y de la muerte.

Acababa de volver á hallar aquella desgraciada por quien habia consentido únicamente vivir; pero la hallaba espirante, y la felicidad que yo me habia prometido se desvanecia para siempre: la procuré los socorros necesarios con el auxilio de la buena muger de que ya he hablado, con la fatal certeza de que mis cuidados no podian hacerla volver á la vida.

No atreviéndome á preguntarla sobre sus desgracias, interrogué á la buena muger, y lo que me dijo aumentó, si es posible, mi horror y mi odio por el bárbaro que ha podido llegar á este es-

ceso de inhumanidad. Parece que uno de los emisarios de mi padre habia logrado descubrir á Elisa en la choza de un pastor, donde habia logrado un asilo: pasó allí muchos meses viviendo del trabajo de sus manos: apenas se habia restablecido de las consecuencias de los ultrages que habia sufrido, la prendieron por una sospecha de complicidad en el asesinato del lord D.... Sin embargo, no hubo quien declarase contra ella, y al cabo de algunos meses de prision la pusieron en libertad á petición de mi padre, que ocultaba así sus miras secretas bajo el falso esterior de una magnánima indulgencia, para tener despues el golpe mas seguro sobre su víctima. En



efecto, sin amigos, como sin fortuna, perdida en la opinion pública, cómplice de un asesinato á los ojos de las personas ya prevenidas, aunque acusada sin pruebas, halló todos los corazones inaccesibles á la compasion: la relacion de sus infortunios fue mirada como una ficcion, un embuste por todos los que no conocian á mi padre. La desgraciada Elisa era la pura sinceridad, la misma humildad, y se la juzgó pérfida é ingrata: despreciada por todas partes, no tuvo valor sino para irse á ocultar en algun monte lejano, y morir lejos de un mundo bárbaro, que por tantos motivos debia aborrecer.

Pero la venganza de mi padre

no estaba aun satisfecha: eligió para la ejecucion de sus horrorosos designios al portero de la casa de correccion donde yo habia sido encerrado. A pesar de lo insensible que era este miserable, le hizo estremecer de horror lo que se le exigió: mi padre podia perderle, le amenazó, y fue obedecido: el ídolo de mi alma, mi muger... mi Elisa, arrebatada en un estado de debilidad que la hacia incapaz de oponer la menor resistencia, fue víctima de nuevos atentados: el mónstruo que marchitó tantos encantos, inficionó su sangre con un tósigo mortal, que no tardó en atacar los principios de la vida y alejar toda esperanza de curacion.



Objeto de horror á sus mismos ojos, la desgraciada no tuvo el valor necesario para darse la muerte; pero bien pronto el esceso de sus sufrimientos dió fin de las pocas fuerzas que la restaban: la hallaron espirante á la entrada del arrabal donde estaba el hospicio ú hospital que la recogió, y fue preciso que mi estrella me condujese á él y cerca de ella, no solo para saber detalladamente tan horrorosa historia, sino para verla espirar en mis brazos.

Tambien yo tenia necesidad de algun amparo; pero mi situacion era lo que menos me ocupaba: junto á Elisa constantemente, buscaba en sus ojos cristalizados, en su fisonomía aun interesante, á pe-

sar de la alteracion de sus facciones, buscaba hasta en el menor de sus movimientos algunos síntomas que reanimasen mis esperanzas: mas ¡ah! ya no tenia ni aun el triste consuelo de esta ilusion: todo me anunciaba su próxima dissolution: la infortunada Elisa se sentia morir: viendo mi dolor, suspiraba, y aprovechaba el corto resto de sus fuerzas para dirigirme algunas palabras de consuelo que no llegaban hasta mi corazon.

A la media noche de la sesta de nuestra reunion, desfallecido mi cuerpo por la fatiga, y mas aun mi espíritu por el dolor, perdí el sentido, y me quedé aletargado sin la menor accion: una mano helada cayó al momento sobre la



mia, y oí confusamente á Elisa decirme con una voz débil y ya casi imperceptible:

«¡Teodoro! ¡querido esposo! háblame: oiga yo tu voz aun una vez.... ¡yo muero!

— No, no, esclamé yo volviendo de mi letargo, apretando su yerta mano contra mis labios, y sin saber apenas lo que decia hallándome enagenado y fuera de mí: no, tú no morirás.... no me abandones, Elisa mia, mi amor te lo suplica.... un dia.... dame, concédeme un solo dia.... ¡Elisa, Elisa, mi tierna amiga!

— ¡Ah, Teodoro amado! reposo ella: la muerte era toda mi esperanza antes del cruel instante en que te he vuelto á ver: me pa-

recia tardar el anunciado dia de ir á descansar en los brazos de mi respetable padre, en recibir las dulces caricias de una madre tierna, y de prodigarles las mias en señal de nuestro desgraciado amor.... mas tú, objeto adorado, me vuelves á unir á la vida.... Querido Teodoro.... yo.... siento.... veo que.... es preciso renunciar.... sí.... muero....» Espiró.

No intentaré describir mi desesperacion.... todo cuanto me detenía en este mundo habia desaparecido.... yo no podia ya vivir: era imposible volver á mi Elisa la vida: era preciso, pues, que yo fuese á unirme á ella.

Yo, sí, yo vi arrebatarse de mis ojos los restos inanimados de esta



víctima , sin poder recobrar bastantes fuerzas para asistir á la ceremonia fúnebre. Un centenar de mugeres anegadas en lágrimas hicieron el duelo á su virtud y martirio hasta la tumba : cuando sus padecimientos reclamaban el consuelo de la humanidad , la habian abandonado , y cuando no existia , consagraban inútiles lágrimas á su desventurada suerte.

Firme en mi resolucion de morir, no pensé ya sino en los medios de lograrlo ; porque desprendiéndome del insufrible peso de una vida tan amarga , queria marcar con el sello del oprobio al bárbaro que habia sacrificado mi felicidad á su ambicion , y vengarme de sus crueldades, condenándole á

remordimientos impotentes y á una desesperacion eterna.

Despues de haber reflexionado sobre esto largo tiempo , tomé el partido de irme á delatar yo mismo , y de hacer asi á mi padre el instrumento de su propio suplicio: apenas recobré una parte de mis fuerzas , reanimado por mi mismo furor , salí del hospital , y me fui derecho á la presencia del juez de paz del cantón.

«Señor, le dije, vengo á delatar á un asesino, por cuyo arresto el caballero Cyphon ha prometido dos mil libras esterlinas de recompensa.

— ¿Estais seguro , me preguntó el juez , de poder entregarnos ese hombre? Pues seria peligro-



so cometer una equivocacion.

— Estoi, señor, tan seguro, como que yo mismo soi el culpable: os suplico me mandeis conducir á la prision, y que la justicia sea satisfecha.»

El juez de paz, sorprendido, me miró un momento sin pronunciar una palabra. «Reflexionad bien lo que haceis, me dijo: aquí no tenéis otro acusador que vos mismo, y yo puedo aun cerrar los ojos á vuestra evasion.

— Lo tengo bien pensado, señor, mi espíritu goza de la mayor calma: he cometido un crimen que la lei debe castigar, dignaos llenar los deberes que el gobierno os ha confiado.

— En ese caso tengo que asegu-

rarme de vuestra persona; pero siento en mi alma una repugnancia en cumplir este deber.»

Fuí conducido á la cárcel del condado, para esperar en ella mi sentencia: desde allí os escribí. La triste confianza de mis desgracias es el único tributo de reconocimiento con que puedo pagaros: vos me habeis amparado sin conocerme; me habeis honrado con vuestra amistad y la de vuestra hija, y puedo esperar que consagrareis algunas lágrimas á mi triste suerte.

Como me restan pocos dias de vida, me apresuro á enviaros este manuscrito: si no existiese ya en el momento en que lo recibais, os suplico hagais depositar mi cuerpo



(78)

á el lado del de Elisa; y no habiendo en el mundo alhaja mas preciosa que el retrato de esta adorada víctima, le dejo por via de legado á vuestra hija. ¡Plegue á Dios que uno y otro seais felices! Este es el último deseo de vuestro desgraciado amigo.

---

## CAPITULO XXIII.

---

Es de suponer que esta triste relacion habia sido frecuentemente interrumpida. Hanson no habia podido leer los terribles padecimientos de su hermana sin verse sofocado de indignacion. La mas horrorosa de las venganzas era ya la primera necesidad de su corazon: Bensadi guardaba un profundo silencio, y no levantaba sus ojos sino para contemplar á su hija, que no se ocupaba de ocultarle sus lágrimas.

«¡Ah, padre mio! exclamó e-